

agosto 5, 1896 24

REVELACIONES INEDITAS SOBRE LA VIDA I

FORTUNA. SU

POCAS «vedettes» de Hollywood tra vida, me daré p  
aman tanto los objetos inani- Ella comprende en efe  
travagancias y los luid

Habana, Mayo 15 de 1936.

Señor doctor Benigno Souza,  
Ciudad.

Mi querido Benigno:

Conforme a mi promesa de hace dos o tres meses, cuando te remití la relación sobre el combate del «Mogote», te envío hoy la de la acción del ingenio «Magdalena», donde fué herido de gravedad el Mayor General Pedro E. Betancourt.

Si lo estimas de interés, como mis anteriores escritos sobre nuestra Guerra de Independencia, te estimaré lo publiques en tu muy interesante sección del magazine rosado del periódico AVANCE, intitulada «De Nuestra Epopeya».

Sin asunto para más, sabes te quiero muy de veras tu afectísimo amigo,

Coronel Guillermo Schweyer.

COMBATE DEL INGENIO «MAGDALENA»

Provincia de Matanzas, donde fué herido gravemente el Mayor General Pedro E. Betancourt.

Agosto 5 de 1896

Las fuerzas que componían la Brigada Oeste, en formación, del Quinto Cuerpo, Primera División, mandadas por el General Pedro E. Betancourt, que había atravesado la Isla desde Oriente, donde desembarcó en una expedición con el firme propósito de combatir por la Independencia de su Patria, en la provincia de Matanzas, donde nació y fué comisionado por Martí para organizar la Revolución en la misma; acampaban la tarde del 4 de Agosto de 1896 en el ingenio «Magdalena», de los Dihigo, enclavado en el pintoresco valle de su nombre. Al amanecer del día 5, cuando los primeros rayos de un sol esplendoroso comenzaban a disipar la neblina propia de aquel valle, los tiros de nuestra guardia, que cubría el camino que viene del pueblo de Ceiba

Mocha, nos anunciaba muy temprano la presencia de los españoles que, a juzgar por el derroche que hacían desde los primeros momentos de su abundante parque, nos indicaban la violencia y decisión en el ataque de nuestro campamento.

El General Betancourt, que tomaba en esos momentos el café con sus ayudantes y jefe de día en los portales de la casa de vivienda del ingenio, ordenó inmediatamente llamada de tropa (su Escolta), y antes de partir para el lugar donde se iniciaba el combate, ordenó a dos de sus Ayudantes transmitieran sus disposiciones a las fuerzas allí acampadas de la forma y modo cómo debían atacar, y, posiciones que cada uno debía ocupar con sus respectivos jefes a la cabeza. Se trataba de los Tenientes Coroneles R. Matilde Ortega (Sanguily), y Rafael Aguila, que unidos a las fuerzas del coronel Pedro Acevedo, formaban el total de la naciente Brigada Oeste en formación.

Lista la Escolta, con su Jefe y Estado Mayor a caballo, partió el General Betancourt sobre el lugar atacado con la velocidad y el empuje propios de aquel caudillo. A la salida del batey y en la dirección que marchábamos, cruza un río o arroyuelo que tiene un puente de madera para su pase; allí nos encontramos con cierto jefe, que venía zafando el cuerpo del lugar peligroso, donde atacaba con gran vigor el enemigo. A preguntas del General por aquella actitud, contestó que el sitio atacado era muy difícil y que se había retirado porque era insostenible aquella posición. El General, haciendo un gesto muy desagradable y ordenando que le siguieran los de aquella fuerza que pudiesen valor, clavó las espuelas a su brioso corcel, y prosiguió como un relámpago sobre el pa'enque en disputa, donde una pequeña fuerza nuestra, al mando del valiente Comandante Nonell Favio, resistía va-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

1

2

POR LA ESCUELA CUBANA EN LIBRE

ierosamente el empuje de los españoles que con resolución inquebrantable trataban de envolverlo. Por fortuna, el General llegó a tiempo para reforzar aquel puñado de valientes, que al verse protegidos por nosotros, adquirieron nuevos bríos, con aquel indomable Nonell Favio a la cabeza.

Con rápida ojeada del lugar y situación de los contendientes, nuestro Jefe dispuso un pequeño avance de nuestras fuerzas en aquel sector, al objeto de coronar una colina o loma, donde nuestro fuego se haría más efectivo, ya que el enemigo ocupaba otra colina que dominaba completamente a nuestros tiradores, y desde luego, nos situaba en condiciones de inferioridad, en lo que se refería a la efectividad de nuestro fuego sobre el de la tropa española. Estos, en su mayoría, compuestos por expertos y aguerridos tiradores de la Guardia Civil, al mando del Capitán Ravadán, de la ciudad de Matanzas, enfilaban con precisión casi matemática, nuestra línea de tiradores que, rodilla en tierra, hacían fuego a discreción, pues el General ordenó desmontarse de los caballos, para ser menos visibles a sus tiros. En esta situación se generalizó el combate en forma de una herradura, donde todo el frente era ocupado por el enemigo, siendo nuestras fuerzas las que llenaba el medio círculo de la figura que indico.

Nos encontrábamos en el apogeo de la batalla, bajo un cielo límpido y sereno, propio del sofocante mes de agosto, cuando se le ocurrió al General, que a pie, dirigía nuestra línea de fuego, meterse en un bohío, que sus moradores habían abandonado, esquivando el turbión de balas enemigas y donde se apoyaba una de las cabezas de nuestros buenos tiradores. Allí, sobre un fogón recién encendido, habían dejado en su huida un jarro lleno de café que hacían para su desayuno los pobres

pacíficos de aquella misera vivienda. Nos disponíamos a tomar un poco del rico líquido, cuando una bala del enemigo atravesando las tablas de palma del citado bohío, entró por el fogón donde estaba el jarro, volcándolo completamente y dejándonos a todos sorprendidos de no haber sido alcanzados ninguno de los que formábamos el grupo por aquel proyectil que cruzó por entre todos nosotros, respetando nuestras vidas. Este pequeño episodio, que no tiene importancia, lo cito como un hecho cierto de la inquieta vida del mambí en medio de los mayores peligros. Salimos de allí riéndonos del incidente y lamentándonos de haber perdido la oportunidad de saborear el rico café.

El General siguió su faena de arengar la tropa paseando por detrás de la línea de fuego que él había establecido; algunos de nosotros le habíamos llamado la atención de lo peligroso de aquellos movimientos, ya que todo el mundo estaba rodilla en tierra y él se paseaba de pie, presentando mejor blanco; no hizo caso y allí donde la bala enemiga muy bien dirigida por la Guardia Civil había hecho estragos de importancia en nuestra línea de tiradores, le tocó a nuestro Jefe uno de ellos, que lo atravesó de un lado al otro del cuerpo, derribándolo sobre el suelo. Todos corrimos hacia él, pensando en una desgracia, pero aquel hombre valeroso, nos tranquilizó, diciéndonos: «Estoy herido, pero no tiene importancia mi lesión». Varios de nosotros lo retiramos para detrás de la falda de la colina, donde no había mayor peligro a los proyectiles, y en aquel sitio, el que suscribe este episodio de nuestra epopeya, estudiante del quinto año de Medicina, procedió a reconocerlo para poder apreciar la importancia de la herida. Esta desde el primer momento, la estimé de consideración, ya que había entrado por el

(CONTINUARA)

*Arance*  
*Junio 26*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

## COMBATE DEL INGENIO

### «MAGDALENA»

Provincia de Matanzas, donde  
fué herido gravemente el Mayor  
General Pedro E. Betancourt.

#### (CONCLUYE)

costado izquierdo, centro de la región lumbar, teniendo su salida a la misma altura del costado derecho, viéndose a simple vista el paso de la bala por la columna vertebral, donde había roto una de sus apófisis espinosas, pero por fortuna, sin interesar la médula espinal, ya que esto hubiese paralizado sus miembros inferiores, y él podía caminar perfectamente. En tales condiciones de terminé, haciendo el papel de médico, retirar definitivamente de aquel sitio al herido, para poderlo curar convenientemente. El General, lleno de cólera, se opuso al principio a mi determinación, indicando que aquel enemigo tenía que ser batido radicalmente por nuestra fuerza; pero a instancias de todos y bajo la promesa del valiente Comandante Nonell Tavío, que asumió el mando de aquellas fuerzas, de que el enemigo sería batido, pudimos retirar al General Betancourt, violento y contrariado por la desgracia sufrida frente a las tropas españolas. Allí había unos catorce heridos más, que ordené fueran conducidos, junto con nosotros, para su cura. Había algunos con dos balazos, como el Teniente Felipe Díaz. En las faldas de la loma del Paraíso, altos del Mogote, y desde donde se divisaba perfectamente el fuego en todas sus líneas y magnitud, hice la primera cura al General que, por cierto, vino montado en otro caballo, ya que el suyo, momentos des-

pués de ser herido el General, una bala le atravesó el pescuezo, inutilizándolo también.

Desde allí presenciamos, a la media hora de nuestra retirada, la desbandada de la tropa española, que temiendo ser envuelta por nuestro flanco izquierdo, que con su bizarro jefe a la cabeza, el Coronel Sanguily, avanzaba resueltamente sobre ellos. Cedió el centro del enemigo también así como el ala derecha, emprendiendo una rápida retirada que se convirtió en fuga al final, entrando en Ceiba Mocha en medio del mayor desorden, perseguido muy de cerca por las fuerzas revolucionarias. En honor a la verdad, debo consignar que el enemigo era menor en número a nuestras fuerzas, si bien es verdad que sus elementos de guerra eran superiores y el parque de que disponían era abundante, no así el de las fuerzas cubanas, que no disponían de cartuchos y sus armas eran viejas tercerolas, en su mayoría. Terminado el fuego con la huida del enemigo, regresaron nuestras fuerzas a reunirse con su jefe herido, marchando todos sobre el ingenio «Jesús María», de Botet, donde pernoctamos. Allí, en una habitación cerrada de la casa de vivienda del citado ingenio, hice otra cura en forma al General Betancourt de su grave herida, recomendando a todos, por orden expresa del querido jefe, que nadie dijese nada que se encontraba herido, para que no llegase a oídos del enemigo, y entonces activase la persecución de nuestras fuerzas. Como corolario o apéndice de esta acción de guerra, y al objeto de que nuestros compatriotas tengan una idea del valor y entereza de carácter del General Betancourt, voy a



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

referirme a un hecho acaecido al tercer día de encontrarse herido y sin que por esta circunstancia hubiese abandonado las fuerzas que mandaba, para ingresar en un hospital de sangre y atender debidamente a su curación. Ese tercer día, estando acampados muy cerca del pueblo de Sabanilla, vino al campamento por la mañana un pacífico amigo de la Revolución, e informó al General que parte de la guerrilla del citado pueblo salía todas las tardes a forrajear a un lugar cerca del poblado, pero que era lo suficientemente retrado para cargarla y darle machete. Estudió con mucho cuidado el sitio donde le indicaba el pacífico que la guerrilla española acostumbraba a forrajear y hora en que lo hacía, disponiendo inmediatamente que 50 o 60 hombres escogidos estuviesen listos a marchar sobre el lugar indicado para, allí, apostarse convenientemente de la manera más oculta posible, para lo cual sólo dispuso de esa pequeña fuerza que podía disimular su presencia en un lugar tan cerca del poblado y sin montes donde esconderse. De nada valió que los jefes y oficiales objetaran al General que él no debía ir a la operación, ya que estaba herido seriamente y aquella función de guerra, violenta y atrevida, en nada beneficiaba a su más pronta curación; insistió en que iría al frente de sus jinetes y que se sentía animoso y fuerte para cargar el primero. Su determinación no dejaba lugar a la menor duda, y los que ya lo conocíamos, en su carácter y determinación, sabíamos que una vez que él decidía una cosa, su resolución era inquebrantable. Así pues, a la hora escogida, ordenó a sus hombres «A caballo» y

4  
salió sobre el lugar indicado, dejando el resto de sus fuerzas, unos 400 hombres, con órdenes terminantes, por si le salía al encuentro un enemigo superior al que nuestro confidente le había dicho.

Salía la guerrilla española, como de costumbre (unos 40 hombres), al lugar donde diariamente forrajearan y cuando menos se lo esperaban, fueron sorprendidos por aquellos 60 valientes a cuyo frente iba nuestro hombre hecho un bólide, sembrando la muerte a derecha e izquierda en aquel grupo de malos cubanos; murió en la acción el Teniente que la mandaba, habiendo escapado alguno que otro que tenían muy buenos alazanes y pudieron ponerse al abrigo de los fuertes que protegían el pueblo y los que rompieron un violento fuego sobre los nuestros, que tuvieron que retroceder para no ser víctimas de sus tiros. Nosotros no tuvimos baja ninguna, dejando al enemigo sobre el campo más de 30 guerrilleros muertos, cuyas armas y caballos fueron capturados como hermoso botín de guerra.

El General fué aclamado aquella tarde por sus soldados, y por fortuna, de su herida no tuvo novedad alguna.

Este rasgo pinta de cuerpo entero al hombre que supo levantar el espíritu y disciplina de las fuerzas de la provincia más castigada de la Guerra de Independencia, en momentos muy difíciles, en que se encontraban casi disueltas, y fué nombrado por el Generalísimo Máximo Gómez, su jefe, en sustitución del funesto General Avelino Rosas.

**Coronel Guillermo Schwyer y Hernández,** Jefe del Regimiento Betances, Quinto Cuerpo, Primera División.

*Junio 2*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA